

Luis del Val

REUNIÓN
DE AMIGAS

algaida
eco

La novela *Reunión de amigas*, de
Luis del Val, obtuvo el VI Premio
Logroño de Novela.

Diseño de cubierta: Masgrafica.com

© Luis del Val, 2013
© Algaida Editores, 2013, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-354-6
Depósito legal: SE. 1786-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Ernesto Sáenz de Buruaga,
que nació y creció a orillas del padre Ebro.*

ÍNDICE

Primera parte (La exposición)	
[Fragmento del primer archivo...]	13
Chon, la anfitriona	20
[Fragmento del segundo archivo...]	24
Gracia	30
Almudena.....	37
[Fragmento del tercer archivo...]	42
Gracia	48
Chon.....	68
Almudena.....	76
[Fragmento del cuarto archivo...]	82
Gracia	86
[Fragmento del quinto archivo...]	96
Chon.....	101
Almudena.....	111
Gracia	116
[Fragmento del sexto archivo...]	120
[Fragmento del séptimo archivo...]	133
Gracia	138
[Fragmento del octavo aarchivo...]	142
Almudena.....	150
Almudena.....	157
Chon.....	161

Segunda parte (El nudo)

1	179
2	183
3	188
4	193
5	195
6	198
7	209
8	212
9	218
10	224
11	227
12	230
13	237
14	244
15	248

Tercera parte (El desenlace)

16	253
17	260
18	270
19	276
20	284
21	289
22	301
23	304
24	307
25	312
26	318
27	322

Epílogo	327
---------	-------	-----

PRIMERA PARTE
(LA EXPOSICIÓN)

[FRAGMENTO DEL PRIMER
ARCHIVO DEL *PENDRIVE* DE MARTA]

LOS HOMBRES, CUANDO PASEAN A SUS NIÑOS O A sus perros, suelen mostrar una expresión aburrida. Por el contrario, cuando las mujeres pasean a sus niños o a sus perros, conforman un semblante absorto que, en un determinado instante, se llena de luz y de vida ante cualquier expresión de su cachorro.

Casi todos los días, por la tarde en invierno y al anochecer en verano, bajo a una especie de parque que algún candidato municipal concibió en época de elecciones como lugar de solaz y esparcimiento, y que ahora sólo sirve para sedimentar excrementos de perros. Allí observo las caras de esos hombres que a menudo exhiben un matiz cilicial, como si quisieran proyectar sobre los transeúntes el sacrificio que asumen paseando al perro o al niño, mientras que las mujeres parecen caminar envueltas en un aura virtual que las aísla de todo, e incluso las defiende del aburrimiento de sus congéneres masculinos.

Naturalmente, sólo se trata de una generalización. Y las generalizaciones son injustas con los individuos...

[...]

He comenzado a escribir este diario que nadie leerá nunca porque necesito explicarme lo que sucede y, sobre todo, lo que me ha sucedido. Y he querido, a propósito, hablar de hombres y mujeres, porque si alguien pudiera leer estas primeras líneas, nunca podría adivinar de una manera certera si quien las ha redactado es hombre o mujer.

Llevan varias docenas de años viragos y machistas, filósofos y psiquiatras, intentando establecer las diferencias medulares y extrínsecas entre hombres y mujeres, y bastan unas pocas líneas redactadas en la pantalla de un ordenador para que nadie sepa el género al que pertenece el autor... o la autora.

Hace un par de años leí una novela que me sorprendió. La verdad es que últimamente no leo mucho: dejé de interesarme por la lectura cuando me despacharon del instituto donde daba clases de Literatura. Nadie movió un dedo. Ni los profesores neutrales, ni los sindicalistas, ni los que llevan el carnet del partido en la cartera con la esperanza de que un día los llamen para ser asesores del Ministerio de Educación, y puedan llevar a cabo la centésima reforma educativa, para que todos sepan lo alto que puede quedar el culo de un ministro.

Porque esta sociedad sólo se preocupa de los individuos que cagan más alto: en la riqueza, en

el deporte, en la política, en la corrupción... A los científicos se les considera que cagan muy alto cuando han descubierto algo que es fácil de comprender. Si el científico ha dado un paso gigantesco en un aspecto fundamental de la física cuántica, pero su explicación no puede ir acompañada de ejemplos didácticos con verbigracias al alcance de un forofo deportivo, entonces tampoco se puede decir que su culo deba ser tomado en consideración.

Releo lo escrito y se me ocurre que quizás no resulte muy frecuente que alguien que ha impartido clases de Literatura en un centro educativo de prestigio se refiera con tanta frecuencia a los culos y sus productos derivados, pero hace tanto tiempo que dejé la pedagogía, que la ortodoxia me produce el mismo respeto que la rueda de prensa de cualquier ministro de Educación.

[...]

Decía que me sorprendió una novela. Se trataba de un triángulo amoroso, el vulgar triángulo amoroso entre una pareja y el amigo del marido. Lo que convertía la novela en sorprendente era que sólo hacia la mitad de la narración, contada en primera persona, se descubría que el matrimonio era de raza negra y el amigo del marido de raza blanca. Sólo entonces los misteriosos detalles, las dudas enigmáticas y los diálogos casi su-

rrealistas comenzaban a encajar en el desordenado puzzle, y la discriminación se volvía nítida y deslumbrante.

Pero esto no es una novela, sino un diario que nadie va a leer, a no ser que un día pierda el *pen-drive* que casi siempre llevo conmigo, y alguien acabe encontrándolo y sienta curiosidad por su contenido. Claro que, para cuando eso suceda, puede que ya esté en la cárcel, me haya suicidado, o hasta es posible que haya optado por comprarme una nueva identidad.

Digo lo de la cárcel porque hay días que pienso en la posibilidad de convertirme en una asesina de maridos en serie, e incluso sopeso las probabilidades de éxito con un intento de frialdad, y otros en los que me echo a llorar por no tener un marido como muchas de mis amigas, alguien a quien mendigar un abrazo, aunque fuera uno de esos achuchones etílicos que suelen prodigar los hombres a los amigos en las cenas de los viernes.

¡Las cenas de los viernes! Debería existir una eximente parcial si alguna esposa asesinara a su marido después de la cena de los viernes. No me atrevo a decir una eximente total, porque eso sería algo así como levantar la veda del marido, pero hay que reconocer que no tendría que ser lo mismo asesinar al marido en la luna de miel, o el día de la primera comunión de la niña a plena luz del día, que cometer un homicidio en la madrugada del viernes, cuando la esposa está ante el

fregadero, con todas las encimeras llenas de copas y platos sucios, y el marido le comenta que la carrillera de ternera estaba un poco pasada de sal.

La mujer se ha descalzado los zapatos de tacón, pero sigue con las medias puestas y el vestido casi de cóctel debajo del delantal, y empieza a zumbarle en la cabeza un cabreo sordo porque se ha pasado día y medio preparando la cena, y es entonces, mientras sujeta en la mano la fuente de los espárragos —puro caolín, según recuerda las palabras del vendedor—, cuando se convence de que acertaría en lanzarla sobre la frente de ese imbécil con tan poca sal que añora los saleros... Pero todavía hay un resquicio de serenidad, que ha sobrevivido a las tonterías de la aburrida velada, y el marido salva la vida por una décima de segundo.

[...]

¿Por qué se casan las mujeres? Cualquiera me recordaría la ancestral llamada de la reproducción de la especie, pero ahora basta una cierta independencia económica para que puedas acudir a un banco de semen y encargar un niño de diseño. No, no me refiero a eso, sino a por qué se casan con «sus maridos». Cómo es posible que ese tipo que suspira y jadea delante del televisor, ante un partido de fútbol, les haya parecido alguna vez Harrison Ford, cuando nunca ha habido en

su familia ningún arca perdida, y su padre, es decir, el suegro de todas ellas, nunca es Sean Connery, sino funcionario y micólogo, que hay que echarle mucha imaginación para imaginar que un paseo con una cesta por un pinar en busca de nís-calos sea una aventura apasionante.

Además, no se trata de un problema puntual, particular y extraordinario, sino que repaso a los maridos de mis amigas, y no encuentro ninguna razón objetiva para que una tía medianamente inteligente se sintiera un día enamorada de su actual marido, nerviosa por no saber qué ponerse antes de ir a una disco en la que nadie se va a fijar en lo que llevas, salvo en lo que salga del vestido, sean piernas, brazos, o el ondulante y suave inicio de las tetas. Jamás un hombre me ha dicho que llevaba una blusa bonita, o unos pantalones agraciados, o una cazadora graciosa. Bueno, el propio término *gracioso* o *graciosa* es una palabra exclusivamente femenina, y las mujeres lo empleamos lo mismo para calificar el ambiente de un restaurante que el aspecto de un bolso, mientras que para los hombres *gracioso* tiene que ver con los chistes y los cómicos, y da igual que sean de letras, porque la etimología de «dotado de gracia» se les ha olvidado.

Un marido nunca le hablará a su mujer de la ropa que lleva puesta, y los demás maridos tampoco, porque están calculando las proporciones que tiene lo que oculta la ropa; y eso sólo si aca-

ban de conocerla, porque si la mujer pertenece al círculo habitual, ya podría vestirse de fallera valenciana un día de agosto en Marbella, que tampoco les llamaría la atención.

CHON, LA ANFITRIONA

—¿Y NO PUEDO BAJAR A LA REUNIÓN?
—pregunta el niño.
—No. No puedes. Es una reunión de chicas —contesta Carla, antes de que lo haga su madre.

—¿Y mi padre, tampoco? —insiste el niño.

—Juan está de viaje —explica la adolescente—, o sea, que es imposible.

A Chon, la madre de los dos, no le pasa inadvertido que su hijo habla de su padre, mientras su hija se refiere a Juan como su padrastro, e intenta evitar esa comezón del sentimiento de culpabilidad, siguiendo las recomendaciones del psicólogo.

Si un psicólogo sirve para algo, es para quitarnos el sentimiento de culpabilidad, de la misma manera que los sacerdotes sirven para impartir la absolución de los pecados. En realidad trabajan en el mismo sector, pero hay que reconocer que los sacerdotes son más baratos y los psicólogos más liberales.

Juan fue quien le aconsejó que acudiera al psicólogo cuando la hoy adolescente comenzó a sa-

car malas notas, y como se juntó todo —el divorcio, el abandono de la religión, el matrimonio con Juan y las malas notas— no era complicado establecer paralelismos entre curas y psicólogos.

—¿Y de qué vais a hablar? —insiste el niño, con esa fijación infantil tan persistente cuando las respuestas no aclaran sus dudas.

—De maridos. Las mujeres cuando se reúnen hablan de maridos —dice la adolescente con esa seguridad ingenua de los quince años.

—Es una reunión de amigas, no de mujeres —accede a complementar la madre, intentando por todos los medios no llevarle la contraria a su hija.

—Pues eso —repite la muchacha—, reuniones de amigas para hablar mal de los maridos.

Chon no quiere enfrentarse en una dialéctica inútil, pero tampoco puede admitir que su hija se acostumbre a imponer su criterio.

—Las mujeres somos personas, y las personas hablan sobre muchos asuntos... Hablan de lo que piensan, de cine, de las cosas que ocurren, de la familia...

—La familia son los maridos —insiste la adolescente.

Chon ahoga un suspiro de paciencia, con un golpe de muñeca vuelve la tortilla francesa para que se dore levemente su reverso y, a continuación, la coloca sobre el plato del niño.

—Casi todas las noches como tortilla francesa —refunfuña su hijo.

—Todas, todas las noches del año tienes comida, cosa que no pueden decir millones de niños —apunta Chon.

—¡Jo, mami, no empieces ahora con el rollo ese de los niños de África! —protesta la adolescente.

—Los de África, y los de Pakistán, y los de la India, y hasta los de algunos barrios de Brasil, de Perú, de Venezuela... —insiste la madre.

—¿Tú sacabas buenas notas en *Cono*? —inquire el niño, ante tamaña exhibición de lugares del planeta.

—Sí, la verdad es que sí —responde ella cuando por fin descifra el apócope y advierte que su hijo se refiere a esa asignatura ampulosamente denominada «Conocimiento del Medio», y añade con un punto de nostalgia—. En aquella época se llamaba Geografía.

Y le asaltan la memoria los inquietos días del bachillerato y la adolescencia, la aparición de Gracia, que venía de Bilbao porque a su padre lo habían trasladado en uno de los ascensos a Madrid, las interminables confidencias, las relaciones cortas, la inseguridad constante a la hora de vestirse, el refugio del uniforme del colegio que por un lado odiaba, pero por otro le evitaba discusiones con su madre y vacilaciones sobre las prendas que elegiría. Es más, casi es una obligación terapéutica recordar que su hija Carla, la hija de su primer matrimonio, tiene ahora la misma

edad que tenía ella misma cuando conoció a Gracia.

—¿Viene tía Gracia? —pregunta la adolescente.

Gracia no es tía de ninguno de los dos, pero estuvo cerca de ellos desde que nacieron, y en realidad la ven con más frecuencia y le tienen más afecto que a sus verdaderas tías, las hermanas y hermanos de su madre o de sus respectivos padres.

—Sí, vendrá —informa la madre—, pero tenemos muchas cosas de las que hablar. Un beso y desaparecéis.

—¡Jamalají, jamalajá! ¡Desaparecidos! —parodia el niño, como si fuera un mago que vio no hace mucho por televisión.

Chon piensa que, en ocasiones, sería maravilloso poder hacer que desaparecieran sus hijos, sobre todo en noches como la de hoy en la que ha accedido a organizar una reunión muy especial en su casa. Desde hace un mes, Chon no ha dejado de darle vueltas en la cabeza: tantas veces se ha arrepentido y tantas veces la han convencido de que su casa era el lugar más seguro, que no ha dejado de sentirse inquieta y nerviosa durante toda la semana: definitivamente, lo suyo no es organizar esta clase de conspiraciones. Y la única certeza que tiene al respecto es que no desearía, bajo ningún concepto, que de repente aparecieran los niños y descubrieran a un grupo de mujeres enfrascadas en semejantes menesteres.

[FRAGMENTO DEL SEGUNDO
ARCHIVO DEL *PENDRIVE* DE MARTA]

ALGO TAN MOLESTO E INAPROPIADO COMO UN marido puede ser una amiga pegajosa. A una amiga pegajosa no le puedes contar casi nada. Si dices que no duermes, te recomienda unas pastillas ideales de la muerte; si caes en la tentación de informarle de que has pillado unos hongos vaginales, ella conocerá al mejor ginecólogo de toda Europa que, casualmente, vive al lado de su casa; y si en uno de esos momentos de tonta debilidad le confiesas que estás a punto de tener un *flirt*, adoptará una expresión severa y aunque ya nadie se toma en serio las penas del segundo círculo del Infierno, te hablará del sida como si perteneciera a uno de esos equipos de investigación del Instituto Pasteur.

[...]

Veo en la pantalla del ordenador que he escrito la palabra *flirt* y me gusta. Cuando tenía diez u once años, y sustraía de la biblioteca de mis padres alguna novela de Agatha Christie, siempre aparecía ese

término cuya traducción literal resultaba bastante ingenua. «Coqueteo» ponía en el diccionario que usaba para las clases de inglés. Pero el *flirt* tenía que ser algo más, porque había ocasiones en que un hombre o una mujer asesinaba para vengarse de un *flirt*. Y no me imaginaba yo a ninguna de las personas que conocía matando a otra por un coqueteo.

Hoy comentas que tienes un *flirt* y te miran calculando que para estar próxima a la jubilación tienes muy buen aspecto, porque aunque no hayas llegado a los cincuenta, es una opinión extendida que solo las personas nacidas antes del ecuador del siglo pasado usan ese término. A mí me gusta mucho más que el verbo «ligar», que me recuerda a la «liga», esa mezcla de muérdago que los chicos del pueblo donde pasábamos los veranos usaban para cazar aves: me aterraba ver a los pobres pajarillos intentando zafarse de la sustancia pegajosa, aleutando con tanta impotencia como miedo. Si ligar es cazar al pobre pajarillo, o ser cazado, maldita la gracia de algo que debe permitirte ser más libre, porque en realidad un *flirt* no es otra cosa que la búsqueda de un certificado de libertad y de autoestima, y ya vale, porque con estas distinciones semánticas parezco una lingüista que quiere pertenecer al grupo de las que cagan alto, cuando no soy otra cosa que una *copy* de una agencia de publicidad o, como se empeña el director en poner en el organigrama al que nadie hace caso, una *writerwoman*.

[...]

De todas las amigas que tengo una de las más pegajosas es Gracia. También es una de las que más quiero. Desde pequeñas nos unió la circunstancia de pertenecer a sendas familias con periplos similares. Ella era hija de un empleado bancario y yo de un militar. Cada vez que se producía un ascenso de nuestros padres, tanto ella como yo teníamos que cambiar de ciudad y, por lo tanto, de colegio. Cuando por fin recalamos en Madrid habíamos recorrido media docena de ciudades y otros tantos colegios. Yo llegué a mediados de curso y fue Chon la que nos presentó, porque Chon venía a ser como la madre Teresa de Calcuta de las que aterrizábamos a destiempo en el colegio de la Asunción.

El colegio de la Asunción estaba en el barrio de Salamanca y todavía se notaba la transición que había sufrido en los años ochenta al pasar de colegio exclusivamente femenino a la coeducación. Algo así como cuando se traspasan esos mesones de toda la vida, y los nuevos dueños quitan los agobiantes aperos de labranza y otros ornamentos de dudoso gusto, y en su lugar colocan sillas minimalistas que se dan de bofetadas con el gotele de las paredes: el resultado es un híbrido donde no sabes si las tortitas de nata sabrán a callos a la madrileña o si las mollejas las servirán con mermelada de fresa.

Tiendo a pensar que quienes nos criamos en familias que cambiaban frecuentemente de domicilio madurábamos más deprisa, porque estábamos acostumbradas a dejar amigas y conocer a otras nuevas, y procuramos no encariñarnos excesivamente con la ciudad que abandonábamos ni tampoco esperanzarnos en exceso con el sitio al que destinaban a nuestros padres, lo que de alguna forma era ponerse la venda antes de la herida, pero evitaba desilusiones tempranas.

A Gracia la conocí cuando ella acababa de sufrir una desilusión amorosa con un chico de un curso superior llamado Francisco José, que ya es llamarse para no ser austriaco. Me había parecido, desde el primer día, profundamente tonto, pero Gracia pensó que reunía todas las cualidades de un actor de cine o de vocalista de un conjunto pop. Las chicas, cuando nos enamoramos como burras, lo solemos hacer de tontos y de canallas, nunca he sabido por qué, pero Francisco José ni siquiera era un canalla, sólo un tonto, porque los canallas te espabilan y te agitan, y salir una temporada con un golfo es como hacerte un máster por el Instituto del Amor de Massachusetts, que no existe, pero que debería existir para chicas como Gracia.

Gracia era de mucho suspirar, y si solía responder a cualquier nimiedad con una ristra de suspiros, cómo no iba a hacerlo ante la pérdida de quien ella consideraba entonces el gran amor de su vida.

Recuerdo una tarde de verano, sentadas en una terraza de la calle Jorge Juan, donde acogimos con silencio solidario las explicaciones sobre el estado de ánimo de Gracia, y nos quedamos calladas, cosa rara, porque Chon y yo sólo guardábamos silencio cuando el parloteo de una se imponía sobre el de la otra. Gracia había terminado su monólogo con un suspiro de resignación, uno de esos suspiros que dan ganas de levantarse y atrapar una parte con las manos, porque parece que se llevan un trozo del alma, y respetamos el vuelo de esa porción de ánima que pareció ascender por el bulevar.

Al cabo de un rato, Chon hizo una parodia del suspiro de Gracia. Creí que iba a comenzar una de esas pequeñas broncas con las que nos entreteníamos a menudo, pero a Gracia inesperadamente le divirtió la imitación, sofocó un principio de risa, un intento de autocensura que provocó el efecto contrario, y al verla a ella así, nos entró también la risa a nosotras, y en unos instantes estábamos con tal regocijo, tal euforia y lanzando tales carcajadas, que nos parecíamos a esas salidas de las barras que ríen como si pusieran un anuncio de estar disponibles. Y cada vez que intentábamos parar, puesto que el motivo no podía ser más fútil y más irracional, más se realimentaba el jolgorio hasta que las lágrimas nos inundaron los ojos, esa explosión de los fluidos, de todos, porque en una leve pausa, cuando pa-

recía que se aminoraba la algazara, Chon nos confesó que se le había escapado el pipí y que notaba mojadas las bragas, lo que ayudó a prolongar todavía más el ataque. Y por si fuera poco, Chon, que estaba sembrada aquella tarde, comentó en medio de una de las risas:

—¡Qué bien nos lo pasamos gracias a lo mal que lo has pasado con Francisco José!

Y allí ya Gracia creíamos que se encanaba, fue una especie de catarsis, la purificación de las penas anteriores, y eso, más allá de las risas, nos hizo sentirnos solidariamente felices, un afecto compartido que no sé si se suscita entre los chicos, pero que en nosotras posee unos matices que serían complicados de explicar.